



MI RECUERDO DEL ENCUENTRO DE MAYORES

No sé si por casualidad, sí por Providencia, mientras disfrutaba de una parte de mis vacaciones en el oasis de La Vid, coincidió con el Encuentro de Mayores de la Provincia, del 13 al 16 de junio; y naturalmente, como Mayor, en seguida, gozosamente, a él me acoplé. Treinta “calabazas”, o por lo menos, treinta “sierras nevadas”, a vista de pájaro, se podían contar: algo así como la friolera de 2400 años.

El programa, muy sencillo, para no cansar a la “muchachada”: sábado, una charla por la mañana; como no podía dejar de ser, versó sobre los nuevos rumbos de la Vida religiosa, en al Año de la Vida Religiosa; y el domingo, otra charla iluminadora del P. Provincial sobre la marcha de la unión de las Provincias. Naturalmente, con sendas Eucaristías, primorosamente preparadas y participadas. Sin olvidar los Laúdes del domingo totalmente cantados, tipo benedictino, a pesar de las voces cascadas, en décadas que yo no participaba y en lugar en que yo tanto había cantado. Emotiva también la ceremonia de todos los hermanos, rodeando la tumba del Siervo de Dios, Fray Sebastián Elorza.

Pero, sobre todo, me interesa comentar y regodearme, acerca del ambiente fraterno: se diría que el cariño y la amistad, los traicionaba. Cualquiera que los escuchara de lejos, diría que se trataba de una banda de gorriones celebrando una fiesta.

No es porque yo, a los 82, sencillamente sintonizara con ellos, pues varios eran colegas de estudios; pero me resultaba curiosa la sensación al desplazarse en grupo para ir a las charlas como cuando, “colegiales”, hace sesenta años, íbamos cansinamente - quizás no tan distendidos - a la clase de teología. Algo me dice que el niño, el niño grande, volvía a parlotear y sonreír.

Naturalmente que, el aspecto somático y la quejumbre de los cuerpos, en retirada de muchas maneras, y sin compasión, han dado zarpazos, que están a la vista; pero es curioso: tuve la impresión de que la frescura de la sonrisa, no se había deteriorado.

En una palabra: en mis colegas hermanos, ochentones, o casi, avizoré una alegría y una paz poco frecuentes en estas edades lejanas. Algo así como cuando la mar está en calma. Y al ver la crueldad de las cicatrices en sus cuerpos, pero estoy seguro que no en sus almas, me dije alborozado: estos hermanos han respondido bien. Sin duda repetirían el peregrinaje agustiniano, si fuera posible. Y me picó el bicho del orgullo. Pero también el aguijón de la “saudade”: Un poquito más y, si Dios quiere, nos volveremos a ver...

P. Hipólito Martínez Rabanal. OSA



Monasterio de La Vid (Foto del P. Mariano Hernando).